

Uno lee
también
para no
morir de
pena

Jesús Vicente García



Fotografías: Rogelio Cuéllar

I

Siempre que salgo a la calle llevo un libro. Es necesidad, no presunción. Puedo salir sin dinero, sin comer, sin ganas de vivir en esos días negros que todos tenemos, pero no sin un libro; en días laborales, en puentes, en vacaciones, sean más o ajenas, en carretera, en avión, en metro, en pesero, en cafés, cantinas o fondas, en mar, en milpa, en cerro, en plano, en casa, durante la espera de los sopos de Reyna cuando tiene mucha gente, en los tacos de Lauro, sólo o acompañado, triste o alegre, con calor o frío, el libro me ha acompañado desde que adquirí este vicio, y cuando me preguntan por qué leo, para qué leo, no pienso en esas definiciones académicas —interesantes, por cierto— en las que afirman que es para desarrollar la imaginación, para tener más lenguaje, para ser mejor, para ser más inteligente, porque antes de leer un libro se es uno y después de hincarle el diente se es otro. Me sucede a veces que no sé ni qué responder. Simplemente, leo por gusto, para gozar o sufrir la vida. Y se me ha hecho un vicio tan marcado que en cada lectura veo que se correlaciona el libro en turno con lo que estoy viviendo en ese momento, como una especie de coincidencia o como si adecuara la lectura con mi vida de forma inconsciente. Cuando leí el *Quijote* por vez primera fue en un julio, en el mes en que el manchego sale de su aldea para irse a la aventura; cuando *La Celestina*, por causas de la universidad, no dormía bien, igual que Pármeno cuando mata a Celestina; cuando *Sobre la marcha*, de Spota, mataron a Colosio, y justo en la novela también un candidato sufre un atentado.

Al acabar de confesar todo esto, Basilio dice que eso no le puedo decir a sus alumnos, que debo elevar más el nivel. Aun así, acepto ir a su escuela a hablar con sus pupilos, y hago un texto corto para más o menos saber qué decir. El objetivo es fomentarles la lectura, “hacer que al hablar les inyectes el gusto por leer”. Me estás pidiendo un milagro, ¿será a causa de los días santos? Es una tarea titánica que debe comenzar en la casa y luego en el aula. No sé por qué sentí en el ambiente un aire a imposible. De todos modos, ya estaba amarrado. Casi no hago eso, no porque no me guste, sino porque casi no me invitan, así que me crezco al castigo y voy.

II

Con apoyo de mis cuartillas comienzo a platicar con sus alumnos de secundaria y prepa particular, juntos en el auditorio. Me siento como virus al microscopio. Todos los ojos sobre mí. En realidad no es plática, es monólogo después de mi presentación de Basilio y una maestra flaca a la que respetan mucho. Se rompe el turrón cuando los hago reír y hasta me dicen maestro. Se siente bien que le digan a uno así.

Les advierto que eso de decirles que lean no es el mejor camino para que lo hagan. Así que les digo por qué leo yo. Para mí la lectura es mucho mejor que el *féis* o el *tuitar*, o esos libros de superación personal, y mientras hablo pienso que somos de distintas épocas, que a lo mejor esto ni sirve para nada, que estoy diciendo lo que

había dicho que no diría. Les comento que hay que leer con todo el cuerpo, hay que vivir y sentir las historias, de lo contrario se aburrirán. Y hablo y hablo, y conforme lo hago decido guardar mis cuartillas, así que digo lo que no escribí. Leer es como fumar, es darle el golpe. Leer es vivir, es amar, es odiar, es llenarnos de conocimiento, de imaginación; una persona sin imaginación no sirve para nada, ni para enamorarse ni para besar, ni para platicar; las personas dejan de ser interesantes, hasta para ligar hay que tener imaginación y eso se adquiere con la lectura. Y me digo: estás mintiendo. Recuerdo a Sergio, en aquel barrio cuando tenía veinte años. Sergio era el tipo menos lector en la vida y se ligaba a las mejores morras de la Obrera, y yo me preguntaba qué le verán, era feo; digo, yo tampoco estoy para concurso. Él no leía, no era interesante, decía groserías todo el tiempo, bebía mucho y tenía dinero siempre, porque era ratero. Qué envidia ser ratero y no escritor.

“Leer es poder escribirle cartas a quien nos gusta. Todo se vale, jóvenes, pero hay que decirlo de manera que la otra persona se quede estupefacta, que al leerla casi se le caigan los ojos de emoción, que nos huela en cada línea, que nos sienta en cada párrafo, y si hacemos poesía, pues que se involucre en nuestras palabras sabrosas bien unidas, porque escribir es darle orden al mundo, a su mundo; si no leemos, qué le vamos a decir, puras jaladas”. Y otra vez el pinche Sergio que no escribía ni su nombre, nomás acabó la secu y siguió robando, y las chavas con las que andaba no tenían ni un gramo de lectoras; estaban bien formadas, lonjudas, pero sabrosas, eso que ni qué. Aún sigo pensando qué le veían al imbécil aquel.

Les platico del Quijote, de su Dulcinea, de la motivación que una mujer nos da para ser mejores, para ser personas sensibles, porque los libros nos transforman. Sí, cómo no: Sergio era tan sensible como una mesa de madera, y nos contaba sus aventuras cuando estaba bien puesto, era tan explícito que daba asco, por eso digo

que su sensibilidad no eran mayor a la de una botella vacía de refresco.

Sigo diciendo que al leer se aprende a vivir, se viven muchas historias y eso es bueno, porque un mortal como nosotros nomás vive una vida, pero si lee vive muchas vidas; leer es vivir.

III

Casi dos semanas después, Basilio me invita a comer, porque el día de la charla no tuvo tiempo. Lo espero en Juárez y Balderas. Yo leo a Efraín Huerta, justo el poema “Avenida Juárez”, que no entendía bien, pero sentía que había una especie de incomodidad con el mundo, con la política, con lo extranjero. Me siento en una banca frente a la plaza Parque Alameda. Se me vienen a la mente los rostros de los jóvenes del día de la plática. Al final hubo uno que me dio la mano, unas féminas de prepa se despidieron de mí con beso en la mejilla, y por supuesto que me atiborraron de preguntas: qué se siente escribir, cuánto tiempo me tardo en hacer un cuento, desde cuándo escribo, qué opino de la poesía, qué autores recomiendo, qué autores leo. Les dije que leyera a Huerta, que sientan su música, y sin darme cuenta empiezo a leer en voz alta. Me franquean dos japonesas y un tipo grandote que habla un idioma por celular totalmente desconocido para mí. Mientras leo, pienso en los rostros de los jóvenes como si los tuviera enfrente, y el poema “Avenida Juárez” me va llenando de una especie de pérdida, de algo oscuro, de un ambiente hueco, agónico, temeroso, con sombras, muerte. Huerta me habla al oído, al pellejo, y veo a la gente que marcha, como él mismo dice, hacia ninguna parte, hacia todos lados; en un vaivén de vorágine, pasan unos chavos en patines, esquivan gente, uno tropieza con un perro amarrado a un poste mientras su dueño pide un café en Starbucks. ¿Qué país, qué territorio vive uno? De pronto, una furia imperial se deja venir en el

poema. ¿Qué me está pasando? ¿Qué me dice Huerta? Me despierta, su ritmo me hace latir el corazón a mil por hora; las japonesas y el hombre cuyas piernas parece salirse de la amplia banqueta me ven como bicho raro y yo invoco a Juárez no sé para qué. El celular me salva. Basilio llegará más tarde. Para no quemarme en esa lectura, camino hacia el Eje Central, paso frente al monumento a Juárez, la gente me avienta, entro a mi *féis* y al *tuitar*, veo las fotos de una fila monumental de gente que quiere darle el último adiós a García Márquez en Bellas Artes. Me acerco. Gente formada. La mayoría jóvenes. El sol choca en el mármol frente al Palacio. Todos llevan un libro del colombiano. Fuman. Cantan “Macondo”, otros se besan, beben agua, refresco, ríen, leen; me siento mal por el calor. En las redes circula una nota: “Velan a Emmanuel Carballo en el total abandono”.

IV

En el Cielito Querido Café, de Juárez, entramos Basilio y yo. No tenemos hambre. No hay tiempo, para mí, de acompañarlo al homenaje de García Márquez ni de ir al panteón Francés con Carballo. Dice que admira mucho al colombiano. Me pregunta qué tengo. No sé. Le platico lo que sentí hace rato, la sensación de pérdida, el recuerdo de los jóvenes a quienes les invité a leer, a quienes les dije que leyeran para ser mejores, para sentirse bien, para ser buenas personas, y les mentí: yo leo a Huerta y no me he sentido mejor ni soy buena persona, tengo tantos defectos como cualquiera: enojón, intolerante ante lo que me parece que es mediocre, un terrible sentido de puntualidad, humor ácido, negro, irónico, egoísta, y Huerta me lo acentúa y sigo leyéndolo, no puedo dejarlo, me sigo, me sigo. Además, me repugna que la misma muerte eclipse la de otro, de un crítico

al que respeto mucho, no me importa si coincidía o no con él. Y al leer a Efraín, más me acordé de Carballo, porque el poema de Efraín es un rechazo a lo extranjero, al imperio capitalista, a un sentido de pérdida de la patria, del suelo que pisamos, estamos condenados a despedazarnos entre nosotros mismos, a la indiferencia mutua entre esta selva llamada ciudad.

—Te estás azotando, mi Flaco; mira, el mundo...

—Carballo fue mi maestro de aula. Y no le quito ningún mérito al Gabo. Pero eso de morir en pleno jueves santo parece que lo ha hecho también santo, igual que a Cristo; y veo que Carballo murió en domingo de resurrección, por eso quedó solo, por eso no se nota. ¿Recuerdas ese pasaje bíblico?

—Eso significa que Carballo será eterno, resurgirá y se leerá... y sí, está canijo eso de que nadie haya ido, de que todos estén aquí mientras nuestro compatriota está solo en su muerte.

Basilio le da al clavo: nuestro compatriota. *La patria es polvo y carne viva, la patria/ debe ser, y no es, la patria/ se la arrancan a uno del corazón/ y el corazón se lo pisan sin ninguna piedad.* ¿Ves? No es cosa de patriotismo, sino de amor a nosotros mismos. Huerta es actual, parece que vino a decirme: abre los ojos, no hay piedad para la patria.

—¿Y para qué? ¿Piedad de qué o qué?

—No lo sé, Basilio, no tengo la menor idea.

A nuestro lado, unos jóvenes llevan libros de García Márquez, entre ellos se abrazan, beben frapé. Salimos. El sol nos quema. Volvemos sobre Avenida Juárez, la calle y el poema, y es verdad: *Uno pierde los días, la fuerza y el amor a la patria*, y sólo viendo los árboles o leyendo veo la pureza de las cosas amadas, como si resucitara, como si volviera a empezar para no morir de pena, de sed, de angustia, de sol, de muerte estando tan vivo. ■■■